

# Refutando temores sobre la inmortalidad: la ética del transhumanismo tecnológico

doi: 10.52749/fh.v2i2.9



**DANIEL CASTRO FIGUEROA**  <https://orcid.org/0000-0001-5626-5874>

Bachiller en Filosofía y Magíster en Historia de la Filosofía por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Divulgador científico y conductor del podcast sobre el futuro de la humanidad After Humans. Se desempeña como Asistente de Docente en la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC).

 dancasfig@gmail.com  @after.humans

La inmortalidad (o, al menos, duplicar nuestra expectativa de vida) ya está muy cerca. No es wishful thinking sino una realidad actual. Para probar esto, quisiera presentarles dos tecnologías que, activamente, ya están convirtiendo la posibilidad de que esto ocurra en altamente probable: el retroceso biológico del envejecimiento y el traslado de la consciencia a una máquina. Luego de ello, presentaré la controversia principal de este texto: ¿deberíamos prolongar nuestra vida? Para ello, se presentarán tres argumentos en contra y tres a favor de aumentar la esperanza de vida. No obstante, pese a ser expuesto así, me decanto por la segunda posición.

Sobre el primer tipo de fomento de la inmortalidad, hay varios ejemplos que se podrían citar del Sens Research Foundation, dirigido por el conocido Aubrey De Grey (famoso por sus Ted Talks y su Google Talk, además de ser un reconocido científico). Pero me parece mejor avalado, ante el público en general, no un investigador independiente (que carecería de un escrutinio institucional constante) sino uno avalado por Harvard: David Sinclair. En su libro Lifespan (2019), el autor explica cómo la epigenética está mostrando promisorios resultados para prolongar nuestra vida. Al parecer, nuestro daño celular ocurre por la desnaturalización de unas enzimas que conforman el epigenoma. Estas se encargan de «decirle» al ARN cómo debe regenerar a la célula, bajo órdenes del ADN. Con el tiempo, estas enzimas mediadoras entre el ARN y el ADN se desgastan y «se vuelven flojas», de manera que no informan fidedignamente al ARN de las indicaciones del ADN.

Este desgaste epigenético es contrarrestable si la enzima logra obtener mayor energía. Esta podría ser producida por ella misma o insertada desde fuera. Para que ocurra lo primero, esta enzima de-

deberá sentir la necesidad de «esforzarse» en la replicación del ADN si es que percibe un peligro inminente. Sentir hambre por un prolongado (pero controlado) periodo de tiempo, provoca que las enzimas reaccionen. Lo mismo ocurre con la fatiga (agitación) y con la percepción de frío. Este proceso se conoce como hormesis: mejoramos la respuesta al ambiente por la exposición a un estrés pequeño y controlado. La segunda forma de evitar el desgaste celular es darle energía directamente a estas enzimas: esto se logra con químicos como el NMN, la Metformina o el Resveratrol (presente este último en los alimentos de pigmentación azul). Esta última propuesta, advierte Sinclair, sí requiere mayor estudio.

El autor también está logrando la aplicación de este principio para revertir el envejecimiento (ya no solo evitarlo o controlarlo). Ha logrado con satisfacción revertir la edad y el daño celular al oído de una rata (IVY, 2020). La propuesta a largo plazo es que podremos reducir la longevidad de las células de una persona de 50 años a una de 20. Lo que aún no es claro es si se podrá hacer esto indeterminadamente.

Ahora bien, la segunda forma de vivir para siempre sería trasladar nuestra consciencia a una máquina. ¿cómo sería esto posible? ¿No perderíamos la consciencia al convertirnos en una computadora? ¿Podríamos estar seguros alguna vez, fuera del Turing's test, de que una computadora es consciente?

Estos miedos son parcialmente respondidos por la transferencia de Moravec (TRANSHUMANIA, 2019). Esta perspectiva se apoya en la paradoja del barco de Teseo: ¿pierde la identidad un objeto que es reemplazado con piezas idénticas? Esa pregunta nos la hacemos respecto al cerebro. Si replicamos un cerebro y lo cambiamos por uno original, defi-

nitivamente dudaremos que fuera la misma consciencia la que esté en el nuevo cerebro. Después de todo, al replicarlo, la consciencia original no se replica, sino que se está creando una nueva, independiente de la primera.

Pero ¿qué ocurriría si hacemos este cambio de cerebro hacia uno mecánico paulatinamente? Hecho de manera progresiva, sí podríamos afirmar que continúa siendo nuestra consciencia la que está en el cerebro. Percibiríamos continuidad de la consciencia si es que reemplazamos con nanotecnología una neurona de tu cerebro por otra mecánica a la vez: después de cambiar una primera neurona, podríamos luego reemplazar una segunda, tercera y cuarta, de manera muy paulatina. ¿No sentiría ese individuo la misma continuidad en la consciencia cuando la mitad de su cerebro sea reemplazado? ¿No ocurrirá lo mismo finalmente cuando todo el cerebro se vuelva mecánico? De esa forma, se podría asegurar la continuidad de la consciencia y, con un cuerpo mecánico, vivir para siempre. (No obstante, pese a que esto disipe algunos miedos, no tenemos aún certeza de que haya consciencia en las máquinas, solo en seres biológicos -si es que negamos el argumento solipsista-).

La controversia, no obstante, prevalece: ¿por qué deberíamos buscar ser inmortales o, al menos, prolongar nuestra vida? He hecho una lista de tres argumentos a favor y tres en contra de esta postura. Los dos primeros argumentos tratan sobre una especie de *hybris*: un quiebre con el «equilibrio natural». Siendo caritativos con este argumento, pese al uso de la palabra «naturaleza» de manera esencialista, podríamos estar de acuerdo en que habría un cambio rotundo en el balance ambiental si es que el humano viviera tanto tiempo. En este caso, la especie predominante del planeta no moriría a los 80 o 100 años, sino que se mantendría, al menos, 100 años más. Eso implica que los recursos que consume y el desperdicio que ocasiona (así como la producción que aporta) duraría el doble del tiempo. No tenemos precedentes para ello, por lo que aún tenemos poco margen de predictibilidad sobre lo que podría ocurrir.

Este primer argumento en contra de la inmortalidad está conectado con el segundo: parece que la inmortalidad realza una perspectiva egocéntrica de la felicidad. Esta es una *hybris* del tipo egocéntrico. Adoptar la inmortalidad supone que estamos tan concentrados en nuestra existencia que queremos perpetuarnos como un proyecto. No obstante, esto

supone descartar el segundo fin humano biológicamente arraigado (no esencial, pero sí cableado en nuestro cerebro), es decir, el perpetuar la especie. Además de querer sobrevivir, queremos que nuestra especie exista. Este segundo fin puede ser interpretado como la búsqueda del bienestar de nuestros congéneres. ¿Por qué importaría más concentrarnos en nuestra existencia más que en la de los demás? La inmortalidad, en ese sentido, se ciñe por una perspectiva egocéntrica y hedonista de la realidad.

El último argumento contra la inmortalidad sigue la línea anterior, pero brinda una fundamentación más fuerte que el argumento biológico: la expansión espiritual de la consciencia. En el debate sobre qué es la felicidad, el hedonismo (que es una perspectiva más contemporánea/occidental) tambalea frente a argumentos de religiones orientales. Estas afirman que un estado de tranquilidad a través de la comprensión irrestricta de las emociones logra que el ego se disuelva. Es decir, nuestra imperiosa necesidad de sobrevivir y cuidarnos se disuelve cuando nos concentramos en comprendernos y aceptarnos. El ser humano deja de ser egoísta. En tal sentido, muerta la necesidad imperiosa de permanecer en la existencia, ya no nos angustiaría tanto existir, por lo que no necesitaríamos prolongar nuestra vida.

Estos argumentos me parecen bastante fuertes. No obstante, me gustaría presentar la posición a favor. Continuaré el debate refrendando esta posición orientalista. Pese a que existe la posibilidad de que una persona pueda tener una perspectiva más amplia de la realidad y, de acuerdo con ello, dejar de estar tan obsesionado consigo mismo, continúa siendo el caso que queremos sobrevivir. Después de todo, la supervivencia es un impulso biológico. Tendríamos que valorar esta posición: antes que morir, preferimos dar batalla a la muerte. Si este no fuera el caso, simplemente dejaríamos de hacer tecnología. Y este punto es importante: empleamos tecnología perpetuamente para permanecer en la existencia, desde el uso de computadoras hasta la búsqueda de una mejor alimentación, pasando por el ejercicio o la mejora del transporte. En tal sentido, la posibilidad de iluminarnos y liberarnos de la necesidad de existir no invalida esta angustia por continuar en la existencia.

Otro argumento contra la posición orientalista es una variante de la anterior. Intenta ser realista con lo que ocurre aquí y ahora con los humanos: nuestra felicidad no solo se basa en el hedonismo (deseamos

sentir placer), sino también en el *state of flow*. Esta perspectiva es una posición sobre la felicidad: no solo nos brinda felicidad el placer (que ya es él mismo problemático, porque el placer se construye a través en comparación al dolor), sino también concentrarnos en una actividad. Cuando nos sentimos conectados a una actividad somos felices (esto es *state of flow*) (Talks at Google, 2020). Pero también debemos reconocer que lo somos cuando sentimos placer: ese vaivén entre ambos estados es la vida. ¿Por qué habría que considerar que solo somos unos hedonistas en búsqueda de la supervivencia? También buscamos la conexión con los demás mediante la concentración en una actividad de la cual te sientes parte.

Para complementar, el último argumento que

contradice al orientalista es el expresado en la serie de Netflix *The good place* (*spoiler alert*), aunque también es mencionado por otros autores transhumanistas como Anders Sandberg (IVY, 2020). Hacia el final de la serie, viviendo todos los protagonistas en el paraíso, se esgrime la posibilidad de que uno decida cuándo morir. La muerte usualmente es intempestiva. Simplemente ocurre estés o no preparado para aceptarla, la desees o no. La inmortalidad brindaría el espacio para que uno, tras sentir que ha vivido todo lo que quería vivir o sienta que ya no hay nada por cambiar en la realidad, decida fallecer. En ese sentido, es libertad para elegir. Este último argumento es el que me parece más fuerte sobre todos los demás.

## Referencias

- IVY. (20 de enero de 2020). *How to Extend Your Lifespan with David Sinclair* | IVY Masterclass [Video]. YouTube. <https://youtu.be/eaS82uJER-I>
- Espacio Fundación Telefónica Madrid. (13 de noviembre de 2019). *Humanos digitales, con Anders Sandberg y Juan Luis Arsuaga (Español)* | #ForoTelos [Video]. Youtube. <https://youtu.be/8LID7ZGtVhA>
- Schur, M. (Director). (2016). *The good place* [Serie]. NBC Universal Television Distribution.
- Sinclair, D. (2019). *Lifespan: why we age and why we don't have to*. Atria books.
- Talks at Google (24 de julio de 2020). Anders Sandberg | *Mind-Uploading and the Future of Happiness* | Talks at Google [Video]. YouTube. <https://youtu.be/M7VP5reY1ok>
- TRANSHUMANIA (31 de diciembre de 2019). *MIND-UPLOADING* [Video]. YouTube. [https://youtu.be/QBXcx\\_tSLm4](https://youtu.be/QBXcx_tSLm4)

## Cómo citar este artículo:

Castro, D. (2021). Refutando temores sobre la inmortalidad: la ética del transhumanismo tecnológico. Coloquio de Epistemología Relaciones entre la ética, la ciencia y la tecnología. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, Perú. *Futuro Hoy*, 2(2), 44-46. <https://doi.org/10.52749/fh.v2i2.9>



Esta obra está bajo licencia internacional  
Creative Commons 4.0 Reconocimiento 4.0.